

EL ALCAZAR DE MALVIENTO

CRÓNICAS DE LA PRINCESA DE LA MAGIA - VOLUMEN I



RAÚL NÚÑEZ RÍOS

LIBRO PRIMERO. ALCÁZAR DE MALVIENTO.

MUCHAS GRACIAS.

PRÓLOGO.

CIUDADELA DE LA ROSA BLANCA. AÑO 5.807; EL AÑO DE LA DESTRUCCIÓN.

Con un rugido sobrenatural, surgido de cien bestiales gargantas, el descomunal ariete se lanzó contra las doradas puertas de la Ciudad de las Rosas. Desde las fortificadas almenas, los orgullosos defensores hicieron llover flechas contra los atacantes, desencadenaron la magia más poderosa que conocían, pero nada detuvo el infernal camino de la inmensa máquina de guerra. Un sólo golpe de la cabeza, tallada en forma de dantesca cabeza de demonio, hizo saltar en astillas la madera y fundió el oro mágico que reforzaba las defensas. Al apagarse el trueno de la explosión una imparable oleada de impíos guerreros inundó las hermosas calles de la asediada ciudad. La marea de capas negras y rojas armaduras barrió las avenidas y pisoteó los jardines, incendió las primeras casas, y mancilló los templos con su insaciable sed de muerte. Mientras en los cielos una descomunal tormenta se formaba, cientos de desalmados guerreros bestiales gritaron deseosos de matanza.

Ante ellos, serenos y tranquilos en la seguridad de su destino, se desplegaron los últimos defensores. Valien-

tes soldados de brillantes armaduras doradas y pulcras capas blancas formaron la postrera defensa de la Torre Blanca, el último baluarte de los Poderes de Ley que quedaba en todo el continente. La guerra se extendió por entre las calles y avenidas, por los parques y plazas, por las casas y mansiones. Decenas de crueles escaramuzas se cruzaron por toda la ciudad, la lucha de los defensores era gallarda y temeraria, un desesperado canto al valor y la heroicidad. Miles de almas se elevaron a las Sagradas Salas en ese aciago día, miles de valientes nacidos que perecieron ante la más absoluta de las maldades, el más impío de los poderes. Las espadas se elevaron una y otra vez, la sangre tiñó las esbeltas estatuas de la Avenida de los Reyes, y los gritos de los moribundos plagaron los Colegios Reales y las Academias de la Magia.

Tan imparable fue el avance de las hordas de la Muerte que en pocos minutos los defensores se parapetaban detrás de los cadáveres de sus compañeros a los pies de la Torre de la Rosa. Mientras las nubes rugían en el cielo y la oscuridad se adueñaba del mundo, una fina pared de luminosas capas blancas se formó rodeando la torre, baluarte y pilar de la Vida. Entre estos fieles se hallaban guerreros llegados de todos los rincones del continente, soldados de veinte razas diferentes que jamás habían fallado en su cometido. Militares que, ahora, miraban con ojos llenos de tristeza a las enloquecidas bestias que se lanzaban una y otra vez contra ellos. Las relampagueantes espadas de los protectores repelieron una tras otra las acometidas de los vloen y de los sylaen, masacraron líneas enteras de nuimbranos, destrozaron armaduras y escudos sabiendo todos ellos que su destino era la muerte, que no había salvación para ninguno de ellos. Los sonidos de la batalla enloquecían a las bestias sin alma que se arrojaban al filo de los defensores, aullando promesas de tortura eterna, rabiosos al ver la fortaleza inexpugnable que era la fe y la voluntad de los defensores de la torre.

Pero ni la más férrea de las defensas resistiría tanto tiempo el embate de semejante poder sin flaquear. Los sylaen, maestros demoníacos, invocaron sus poderosos daertacks, y estos, demonios de figura siniestra y gigantescas fauces, se lanzaron contra los guardias. La magia reverberó entre las filas Aliadas, cuando el acero dejó paso al conjuro. Los daertacks se retorcieron bajo una lluvia de furibundo fuego y atroz hielo, de afilados rayos e hirientes huracanes. Tal fue el dominio de la magia invocada que provocó que la tierra se desgajase bajo la presión del poder en bruto, los edificios se resquebrajaron y las orgullosas torres de los palacios de los nobles se derrumbaron mientras la batalla continuaba. A una orden, las filas de los defensores se dispersaron. Formando grupos aislados, intentaron distraer a las bestiales criaturas. Todos combatían con fiereza y habilidad. La batalla se prolongó durante horas y, desde los cielos, los rayos restallaron sobre los luchadores. La tormenta se cernía imponente e impávida ante la matanza.

Por entre los atacantes, iluminado por los dispersos rayos, avanzó un nacido de alta figura, gallardo porte y mirada firme. Vestía simples ropas negras y una capa más oscura que la mismísima noche le envolvía. Sus negros cabellos se agitaban por el viento y sus rasgos, hermosos y sádicos, mostraban deleite por la masacre. Galbert, Señor de la Muerte, se encaminó a su objetivo empuñando su espada, Loarnar, la Hacedora de Viudas. Regodeándose de las incontables almas que se desperdiciaban entre las espadas y los cuchillos miró de soslayo a su alrededor. Nada vio el señor que le distrajese. Siguió avanzando, incólume al caos que le rodeaba. La Torre de la Rosa se alzó ante él por fin, una espira de prístina blancura rodeada de llamas y humo. Su altura superaba con mucho las más altas torres de todo el continente y su belleza hacia que las almas de los píos se conmoviesen al verla. Decenas de minaretes surgían en su superficie y en las alturas una rosa de marfil se abría, formando balcones de jardines colgantes. Era el centro de la

Ciudad, el alma de los defensores, último baluarte de la Ley en todo el continente. Galbert la miró de arriba a abajo con el desprecio pintado en sus delicados rasgos. A los pies de la torre una sencilla puerta de cristal daba acceso al interior, una puerta flanqueada por un pequeño estanque de nenúfares albos, protegida por los tres capitanes de los defensores.

Estos eran guerreros sabios y poderosos, capaces ellos solos de derrotar a ejércitos enteros. Su magia combinada si quiera pudo mellar en la carne de Galbert, sus armas ni le rozaron. El Señor de la Muerte era el más grande de los guerreros que nunca haya existido, poderoso entre los mortales como jamás habría sido posible. Su danza fue sencilla y elegante, su espada sesgó la vida de los capitanes, el último de los cuales cayó con rabia al suelo, sujetándose la sesgada garganta. La mirada del señor se fijó de nuevo en las alturas, luego bajó hasta el estanque y una sonrisa cruel asomó a sus labios. A su alrededor, sus tropas terminaban con los últimos nacidos que se habían tropezado en sus planes. Levantando la espada impía, Galbert invocó el poder que ostentaba e introdujo con fuerza la negra hoja entre las vivificantes aguas.

Estas bulleron y burbujearon, manaron vapores malignos de ellas y el fondo se transformó en negro cieno corruptor. La mancha de maldad se extendió por el agua, transformando las cristalinas aguas en oscuro ícor. La suciedad se expandió a la base de la torre, creciendo entre rayos de tormenta y truenos de batalla, haciendo añicos la puerta de cristal. Galbert pasó al interior mientras la tormenta estallaba al fin, las primeras gotas de lluvia cayendo sobre la batalla. Ascendió por las escaleras mientras la torre se consumía desde los pilares, volviéndose su superficie escamosa y oleosa. A cada paso que daba, la corrupción surgía en el elegante mármol blanco, azabaches manchas de podredumbre que crecían imparables anegando la Torre de la Vida en la Muerte. El Señor de la Muerte se sentía exultante

pues, después de décadas de batallas y ardidés, por fin se acercaba al desenlace de su misión. Había matado con sus propias manos a los pocos poderes de la luz que se opusieron a sus designios, él era la Muerte y se acercaba a la Vida, para aplacarla y destruirla. Su pecho se agitaba anhelante, sus ojos observaban las puertas que daban acceso a las salas donde habitaba la Señora de la Vida. Disfrutaba adelantándose a su sufrimiento, se deleitaba con su desesperación.

Con un manotazo desenchajó la puerta, y con pasos decididos se paseó por la impoluta sala. Con la mirada buscó a la Señora de la Vida. Una figura se perfilaba en uno de los ventanales. Delgada y hermosa, vestida con telas blancas y brazales dorados, le esperaba. Con pasos decididos Galbert se acercó a la mujer. Cuando llegó a ella, la putrefacción se acercaba veloz por las paredes, ajaba los jardines y destruía el encanto del más sagrado de los lugares. La mujer abrazaba una rosa blanca y miraba al suelo, el cabello cayéndole por el rostro, sus hombros y manos temblaban ligeramente.

El Señor de la Muerte se acercó a su némesis. Por largos instantes se deleitó en su derrota, en la mancha de negra descomposición e ícor que la rodeaba, cada vez más cercana a sus delicados pies. Mientras la muerte se ceñía a su destino y los hilos de la vida se escapaban, Eeilina, Princesa de las Rosas y Señora de la Vida levantó el rostro y miró con sus irisados ojos a Galbert.

Y el Señor de la Muerte no vio miedo o rabia, vio como una simple lágrima rodaba por sus mejillas. Mientras Eeilina se transformaba en una negra roca, una estatua de ónice en medio de la corrupta ciudad en llamas, Galbert vio como ella lloraba de pena por él. En silencio extendió su mano y al tiempo que las mejillas de la señora tornaban del pálido rosado al tenebroso negro recogió el señor esa lágrima derramada por él. Por primera vez desde que sintió

el poder de la muerte en su sangre, Galbert miró a un nacido con miedo en las pupilas.

Las primeras gotas de lluvia se transformaron en un fuerte aguacero. Cayeron entre las llamas de mil incendios, los gritos de los salvajes y despiadados sylaen se extendieron por las murallas y la carnicería duró tres días y tres noches en los cuales el cielo lloró la muerte de la Señora de la Vida. En esos tres días Galbert, Poder de la Muerte y Señor de Todos los Ejércitos de Nuimbra, no se movió del sitio, su mano fuertemente cerrada en torno a la lágrima que su némesis, aquella a quien más odiase, había derramado por él.

ALAS GRISES.

PASGUILLON, REINO MELION.

PRIMER DÍA DE LA PRIMAVERA; AÑO 6.327 DEL
CALENDARIO IMPERIAL.

La primavera había llegado a los jardines de Pasguillom. Después de un invierno duro y pletórico de nieves, el dulce sol volvía a despertar a las flores con sus dorados y amorosos dedos. Los almendros del pequeño jardín aparecían tapizados con un suave velo blanco, como novias saliendo al paso de su amado; mientras los macizos de reios se llenaban de diminutos retoños violáceos y la hierba mostraba su más lustroso verde esmeralda. Los setos que rodeaban el vergel en nacimiento se veían fuertes y pareciese como si despertasen de un largo sueño, agitando las

ramas a la caldeada brisa del renacimiento primaveral, tan cargada de buenos presagios. El agua cantaba alegre en una pequeña fuente situada en la encrucijada de caminos de grava, mientras los niños jugaban en torno a los primeros gorriones blancos, que paraban aquí después de su largo viaje invernal para saciar su sed y recuperarse del cansancio de sus pequeñas y plateadas alas.

Todo esto lo miraba Loreena con desconsuelo desde su puesto de observación. Aprovechaba que Varea "la bruja" había tenido que salir un momento para acercarse al balcón de su despacho y morir de envidia por los juegos de los niños. Con un esfuerzo sobrehumano se separó del agradable aroma de las flores y de los vivificantes rayos del astro rey y miró la anodina oficina en la que se encontraba.

No es que Varea, a la cual todos llamaban "la bruja" por su horrible temperamento y esa enorme verruga que sobresalía de manera antinatural de su afilada nariz, tuviera mal gusto. Es que sencillamente era espartana. La sala ocupaba unos limpios doce metros cuadrados y su planta era un perfecto cuadrado. Una sencilla mesa de despacho, grande y monstruosa, ocupaba la pared del exterior, donde se hallaba ahora Loreena. Al otro lado de la mesa, en cuyos cajones guardaba papeles y documentos, además de una botella de fuerte y pálido licor de las lejanas tierras de Harond, se veían dos diminutas sillas de sencillo estilo melion. Comparadas con el enorme sillón de cuero que servía de trono a Varea, éstas parecían dos indefensos ratoncillos temblando de miedo delante del gato. Más allá sólo se podía ver un enorme fichero de cobre batido que llegaba al techo y asemejaba una antigua columna que a duras penas sujetase el techo. Y ya está. Loreena recordaba que de pequeña, cuando subía a este despacho, le parecía enorme y oscuro, y soñaba que entraba en la cueva de una terrible bruja, y siempre lloraba.

Unos pasos sobre la madera del pasillo le pusieron sobre aviso. "La bruja" se acercaba. La amplia falda de la joven revoloteó por el aire cuando se deslizó con rapidez por el gastado borde de la mesa y se sentó en la silla con el corazón latiéndole deprisa en las sienas. La larguirucha puerta de la sala se movió con un ligero estremecimiento y Loreena se dispuso a modificar su rostro en una ensayada mueca de contricción y pena. Con pasos seguros, que según Irreana, la mejor amiga de Loreena, se parecían a los de su padre, sargento de la Guardia Imperial, Varea pasó a su despacho. Portaba un enorme fajo de papeles viejos y apergaminados firmemente sujetos al pecho con ambos brazos, como si temiese que alguna mano invisible se los arrebatase. De una simple mirada reconoció el terreno, su territorio, y al comprobar que nada había cambiado se dirigió al sillón con el mismo paso de disciplinado militar.

Era alta y delgaducha cual vara de fresno y siempre vestía de negro por la muerte de su madre, fallecida un verano de hace doce años. Lucía una mueca de perpetuo disgusto en su huesudo y alargado rostro de piel gris y apergaminada, como si al observar el mundo desde su alta atalaya de perfección moral no encontrase nada que le gustase. Los ojos eran negros y duros, la nariz recta y afilada y la boca pequeña, de labios delgados. Todo ello enmarcado por un pelo negro y recogido en un eterno moño alto, el cual, estaba segura Loreena, no deshacía ni para dormir. Pero lo que más destacaba era la verruga. Respingona y desafiante se colocaba insolentemente en la punta de la regia nariz. Era tema de conversación de todas sus alumnas. Y, todas sin excepción, determinaban de manera solemne que la única razón plausible para la existencia de tamaña protuberancia nasal era por que Varea era una bruja.

Con rapidez se situó en su sillón mientras se arremolinaba la larga falda entorno a sus tobillos. Disgustada, como siempre, dejó caer los papeles encima de la mesa con suficiente fuerza como para formar una buena nube de pol-

vo. Loreena se preguntó de donde los habría sacado. Miró por encima de ellos, dejando que la nube de polvo se aposentara. Notó, en una segunda y más atenta mirada que los papeles eran viejos pergaminos ajados y polvorientos, seguramente sacados de lo más profundo de un olvidado archivo. Era un mogote de más de veinte y estaban atados por una cinta roja descolorida por el tiempo. Enarcando una ceja Varea la fulminó con una mirada penetrante e inquisidora, de las que aterrorizaban a sus alumnas, pero que a Loreena, tras haberla sufrido incontables veces, ya no la afectaba.

- ¿Qué es lo que voy a hacer contigo, Loreena? - La seca y rasposa voz de Varea le pareció sumamente cansada y una punzada de verdadero remordimiento afloró a los ojos de la joven kenion. - Esta es la tercera vez que te veo aquí en menos de un mes. Y no es que sea de mi agrado, te lo aseguro, pero nunca hemos tenido una chica tan rebelde como tu. Dime ¿Qué es lo que tienes que alegar ahora?

La verdad es que no mucho, pensó Loreena, recordando esta mañana. Se encontraba en la clase de diplomacia y cortesía. Una de las más aburridas de todo el tercer curso. Había llegado tarde y a todo correr ya que se quedó dormida. La noche anterior recibió un libro de las aventuras de Lady Kereena, la heroína más famosa del Gran Imperio Melion. Se lo entregó Garich, un joven mozo que trabajaba en la intendencia y que le entregaba esos hermosos tesoros encuadernados en curtido cuero negro. Una vez que todos se habían acostado ella encendió el pequeño sebo que hurtó de la alacena y se puso a leerlo furtivamente. Tanto le encandiló el libro, narrando la lucha de la pelirroja mujer contra los worjs de las Montañas Doradas, que hasta que la última luna no se había ocultado no se quedó dormida.

Y en esa primera hora de la profesora Heena, con su pesada y monótona voz... Pues que, sencillamente, se quedó medio dormida, o quizás dormida del todo, no lo recor-

daba bien. Ya tenía práctica en ello. Se quedaba en la última fila, cerca del colgante plano del Imperio. Se reclinaba en el brazo de la incómoda silla de estudios, que parecía sacada de un manual de tortura y, con una pasmosa facilidad, se ensoñaba con los relatos que tanto le gustaban. Recorría las más peligrosas rutas de las Fronteras Salvajes y participaba en las más cruentas y encarnizadas batallas épicas, realizaba difíciles conjuros de increíble poder. Con su mágica espada acometía las más heroicas hazañas y luchas, y, por fin y en resumen, salvaba a todo el mundo civilizado de las maléficas hordas de los Nuimbranos.

En esta fatídica clase estaba luchando a capa y espada en las estibaciones de las orientales Montañas Doradas contra esos asquerosos worjs. Peleaba junto a la heroína de leyenda de brillante armadura y hechizada espada llamada Herjtur. Los malditos worjs, bípedos de asquerosa piel negra y pulida, con rostros demoníacos, les rodeaban por todas partes y Kereena se batía en terrible duelo con el mayor de ellos, Wuuarg, su cacique más poderoso.

En ese mismo instante, la profesora, con su generosa redondez sentada en su mesa, acababa de ilustrar un ejemplo de diplomacia ywen. El caso era que un grupo de ywens errantes llegaba a un alcázar del reino, uno de ellos terriblemente herido por una caída de caballo. Sencillo era el ejemplo y sencilla fue la pregunta de la oronda Heena: ¿cual sería el tratamiento que se les tendría que dar en dos casos, primero si fuesen simples mercaderes y en segundo termino, si fuesen un noble ywen y su escolta? La pregunta voló certera en dirección a la soñadora Loreena, cual flecha mortal. Al ver que no reaccionaba ante la cuestión, Heena estrechó sus verdes y saltones ojillos. Y repitió la interpelación. Como seguía sin reanimarse, Irreana, que pese a ser la mejor amiga de Loreena a veces hacía unas cosas de lo más inoportunas, le dio un codazo. Loreena despertó de un susto en la parte más interesante de la batalla con un solidario grito para con su soñada heroína:

- ¡Así, dale una buena patada en los co...!

- No, no tengo perdón. - Se disculpo Loreena con voz tímida, como la de los gorrioncillos al despertar. Varea puso los ojos en blanco. Después la miró con desesperación.

- ¿Qué es lo que voy a hacer contigo Loreena? - Repitió "la bruja", pero en esta ocasión no había cansancio en su voz, sino la profunda energía del volcán en erupción. Loreena se encogió en la silla dispuesta a recibir con estoicismo el cruel chaparrón. - No puedes seguir así. Ya eres una señorita. Esos libros que lees son para niños. Debes concentrarte en tus estudios o no acabarás este año. Y eso sería una vergüenza para tu familia. Piensa alguna vez en los demás. En los que te quieren de verdad. A tus padres les esta costando un verdadero esfuerzo el pagar la escuela para que puedas salir bien preparada para el mundo. Piensa en lo defraudados que se quedarían si todo su esfuerzo se perdiera por culpa de su irresponsable hija pequeña. Tus notas han descendido en este último trimestre de una manera alarmante.

Loreena se sabía este discurso de memoria. Le parecía que había estado toda su vida escuchándolo. Pero ella no tenía la culpa de que no le gustasen las tediosas clases. No había pedido su ingreso en la Escuela Real de Diplomacia. Quería ser como su hermano mayor. Norich había ingresado en la Escuela de Guardias hacía cinco años y ahora era un hábil cabo en un regimiento del Rey. Él hacía practicas con su espada y aprendía el arte de la batalla. Ella tenía que entretenerse con ywen nobles heridos por una caída de caballo. Le parecía absurdo. El hilo de sus pensamientos fue repentinamente cortado por Varea que se había levantado para acercársele amenazadora.

- ¿Me atiendes? - Chilló esta. - ¿No? - Loreena no pudo más que poner sonrisa tonta. Pero esto pareció enfurecer más a "la Bruja". Agarrando los papeles se los tendió a la desaplicada estudiante, como si esgrimiese una mortífera arma. - Ahora mismo bajarás a la biblioteca y me vas a copiar el Tratado de las Tres Manos cinco veces señorita. Y hasta que no termines no podrás salir. - La chiquilla cogió los papeles, asustada más allá de su propia comprensión. El trabajo asignado representaba más de ocho horas, lo que significaba que se perdería el Festival de la Primavera. Loreena fue a quejarse desesperada, pero la mirada de Varea, que lanzaba rayos cual vengativo dios del Caos, le impuso un sumiso silencio. Cerrando los ojos para contener las lágrimas, asintió con tristeza. Como uno de sus derrotados héroes de novela se retiró con una torpe reverencia. Pero al igual que ellos juró volver triunfante al despacho, algún día. Lentamente cerró la puerta y salió corriendo por el largo pasillo, el cual tenía el frío del invierno todavía cogido fuertemente en los huesos de color blanco de sus paredes.

Con pasos rápidos y recogiendo la falda y las enaguas bajó las escaleras. Las bibliotecas, cinco en total, estaban en el primer subterráneo. Y en el nivel en el que ellos estudiaban era frío y opresivo como la garganta de un viejo diablo. Cuando llegó al piso bajo miró a la derecha para ver el amplio y hermoso patio que había contemplado desde la atalaya del horrible y maldito despacho. Con gesto resignado se acercó a él para contemplarlo por última vez antes de bajar a las tenebrosas "mazmorras" en las que la encerraban. Una punzada de envidia recorrió todo su ser al comprobar como sus amigos y amigas se preparaban risueños para ir a la Fiesta de Primavera. Vestidos con sus mejores galas, comentaban ilusionados las fascinantes atracciones que se habían montado en la Plaza de las Diez Batallas. Dejó que el último rayo de sol le acariciase el rostro, intentando atraparlo para toda la tarde. Con melancolía miró el radiante azul del cielo.